

El sabio Larrañaga en el año 1804

En la colección de autógrafos de ciertos hombres ilustres ordenada el 6 de octubre de 1821 para enriquecer la Biblioteca Pública, ahora Biblioteca Nacional, de Buenos Aires, hay una carta dirigida por el excelso hijo de Montevideo don Dámaso A. Larrañaga al que lo era de dicha ciudad de Buenos Aires don Saturnino Segurola ¡Segurola y Larrañaga!... ¡Cuán hermosas figuras! Alumnos del Real Colegio de San Carlos, de la capital del virreinato rioplatense, los dos beneméritos sudamericanos hubieron de abrazar el sacerdocio, y en su nobilísima curiosidad, ávidos de ampliar sus conocimientos, á la par que encendidos en el anhelo de adelanto de su tierra, se consagraron, así en los generalmente tranquilos días de la colonia como en los airados de la lucha por la independencia y por el predominio de las respectivas parcialidades políticas, no sólo al acarreo de materiales para la Historia, sino también á la propaganda de la vacuna, el uno, y á trabajos naturalistas, que celebra Cuvier en *Ossements fossiles*, el otro. Con razón perduran las recopilaciones de aquél y las obras de éste; debe, pues, interesarnos todo cuanto á ellas se refiera. Nos interesa, en verdad. ¡Con qué afecto hemos leído la antes citada carta! En ella su autor revela la afición que tenía á la historia natural, quéjase de la falta de medios propicios á desarrollarla, cita el número de ejemplares de las especies que había reunido, muéstrase sabia y sinceramente modesto, comunica su esperanza de relativo triunfo. Epístola contenedora de curiosas noticias, aunque no extensa, es,

además, un modelo en su género, sin embargo de varias máculas de forma, en su mayoría propias del tiempo en que fué escrita, pero con facilidad salvantes. Dice textualmente ese importante documento:

«S.^{or} D.^{or} D.^a Saturnino Segurola.

Montev.^o y Julio 2/804.

Muy Señor mio y mi mas estimado amigo: recibí la apreciable de V. por el correo pasado, q.^e saqué p.^r casualidad; pues se me pasan los meses sin acercarme á la Estafeta; pero p.^r lo mismo que menos la esperaba ha sido mayor el jubilo, y gustosa sorpresa con q.^e la he leído, y tanto mas, quando todos los objetos de q.^e ella trata son los de mi mayor aprecio.

«Seguram.^{te} que tiene V. motivos de dudar á q.^u de los dos resultará mayor interés de nuestra correspondencia. V. va á tomarse el trabajo de inventariarme, y describirme sus ricas y abundantes colecciones de todo lo más brillante q.^e puede adornar un precioso Museo, un curioso Gavinete y una selecta Biblioteca; y yo apenas puedo decir quatro palabras, por ser todas mis colecciones las más comunes y despreciables. La de mi *Mineralogia* p.^r exemplo se reduce á quatro guijarros tomados de nuestra Playa, á otros tantos *fosiles* calcinados q.^e recoji de una ligera excavacion de conchilla q.^e han extrahido los Presidarios p.^a componer las calles. La de mi *Entomologia* se compone de una escasa centuria de inmundos escarabajos, y de tres docenas de unas tristes y desairadas mariposas: la de mi *Ornitologia* consta de unas pieles de pajaros apolilladas: la de mi *Tchtylogia* de uno ú otro pes desecado, y algunos pellejos arrugados: la de mi *amphibiologia* de la piel de unos feos escuerzos, y de dos ó tres lagartijas, y un par de conchas de dos torpes y pesados galapagos: todo lo demás

de mi *Zoologia* se reduce á una ú otra piel de algun quadrupedo, el diente de un tigre, el cuerno de un venado; y á unos quantos caracolillos q.^e he recogido, fuera de otros pocos, que mi amigo, el unico *conchy liologo*, q.^e tenemos, me ha regalado, viendo mi pobreza. Por ultimo la de mi *Rotanica* viene á ser un herbario enmohecido, mal ordenado y escaso, pues no sé si se compondra de tres á quatro centurias de plantas comunes, y no todas indigenas. Junte V. á todo esto, q.^e mi Biblioteca se compone de unos libros incompletos, viejos, y solo buenos p.^r baratos ó regalados, que de otro modo no los tubiera. ¿Cree Vmd. q.^e toda esta Patarata de D.^a Vrraca de Iriarte podra satisfacer su exquisito gusto en las ciencias utiles?

«No amigo, hablemos con ingenuidad, yo me avergüenzo exponer los pocos descubrimientos q.^e hasta hora he hecho en el augusto Teatro de la naturaleza. Yo soy nada mas q.^e un apasionado de esta ciencia: su libro abraza todo lo criado, nos dá las ideas mas grandes del Ser Supremo, y parece q.^e nos sensibiliza, y de algun modo nos hace visible aquello que la fé nos propone como invisibles. Yo hasta hora solo conosco de Alphabeto y combino algunas silabas y á pesar de esto tengo ya nociones tan nobles de Dios, q.^e he llegado á decir á mis solas q.^e los hombres no debiamos estudiar por otros libros, q.^e por los dos Divinos, el escrito y el natural. ¿Que importa saber lo q.^e los hombres han hecho si ignoro las obras de Dios? Vea V. aqui lo q.^e mil veces me repito á mi mismo para alentarme en un estudio q.^e emprendi p.^r distraccion y lo continúo como p.^r remedio de ciertas resultas de mi Poltronería.

«Pero nada inporta toda esta aficion p.^a hacer progresos en una ciencia, q.^e mas que otra ninguna necesita un gran caudal p.^a libros, laminas, viages, y remesas, y sobre todo mucho tiempo, que nosotros no tenemos. Podra ser q.^e si vivo algunos años y tengo la fortuna de V, haga algo, aun q.^e ahora lo considero imposible. Espero no morirme sin verlo, y hacer ex profeso un viage p.^a estudiar en sus colec-

ciones principalm.^{te} las minerales q.^e tendrá V. bien clasificadas.

«Quedo con el encargo de comunicar á V. todo libro curioso que se presente. Por ahora no hay sino las obras del Abate Mably frances en 12 tomos á la rustica y en 4.^o p.^r 18 p.^s, Lampinas en perg.^o en 8 p.^s, el Diccionario Physico de Paulian con sus suplem.^s en 10 pesos en pasta: esto es lo poco q.^e hay por acá de libros; pero si mucho de amor y una tan tierna y constante amistad, q.^e ni la ausencia, ni la suspension tan larga de nra correspondencia han podido debilitarla en este su apasionadisimo Amigo Q. S. M. B.

«Damaso Larrañaga.

«Memorias á nro apreciable y comun amigo D.^o Pedro Jph García; y q.^e no se olvide de mi quando le vengau sus minerales, como me prometio. Vale.»

En tan sencilla como elocuente correspondencia está el germen de los diarios de exploración y demás escritos, incluso el discurso inaugural de la Biblioteca Pública, de Montevideo, con que D. Dámaso Antonio Larrañaga enaltece al país que le había visto nacer.

MANUEL CASTRO LÓPEZ.

Buenos Aires, 1911.
